

La política cultural como política social

Narrar la cultura en el proceso constituyente

■ **Marcelino Bisbal / Pasquale Nicodemo**

Si los debates provocados por el posmodernismo nos han enseñado alguna cosa, no es precisamente que los procesos de desarrollo característicos de las sociedades modernas nos hayan impulsado, más allá de la modernidad, hacia una nueva y, de momento, indefinida era, sino que nuestras estructuras teóricas tradicionales para la comprensión de esos procesos son, en muchos aspectos, tristemente inadecuados. Lo que nosotros necesitamos en la actualidad no es la teoría de una nueva era, sino la nueva teoría de una era cuyos amplios contornos fueron establecidos años atrás, y cuyas consecuencias aún tenemos que esclarecer plenamente.

John B. Thompson

I

Es necesario, y ahora más que nunca y veremos por qué, pensar la cultura. Pocas veces sentimos esa necesidad, quizás porque es parte de la vida y como ya pensamos la vida, sus necesidades y problemáticas, pues para qué pensar la cultura si ya la estamos pensando. ¡No! Estamos acostumbrados a discutir de política, de economía, de los derechos de los humanos, del petróleo y la riqueza que él significa para el país... En fin, reflexionamos sobre aspectos bien concretos que están incidiendo en nuestras vidas y cotidianidades, pero no nos detenemos a pensar cómo estamos encarando todos esos signos/problemas, con qué imaginarios los estamos asumiendo y con qué instrumentos mentales y prácticas los intentamos resolver o simplemente tratar de entender.

En realidad, tenemos en nuestras manos un serio problema. A veces no lo vemos como tal, pero es cuestión de detenemos un poco y pensar. ¡Difícil ejercicio éste cuando hay tantos aspectos de crisis que nos están agobiando! Requerimos del esfuerzo y no sólo de la voluntad de aplicarlo, pero también se hace

solícita la necesidad de descubrir qué significa hoy la cultura para la vida. Se habla de una *cultura de la vida*, incluso de una «cultura de la muerte». Nosotros apostamos por la vida y ésta se juega en las prácticas sociales de la gente, en su estamento cotidiano, en sus juegos por la supervivencia y en sus disfrutes por la vida misma. Todo eso tiene que ver con la cultura. Es la idea de considerar a las prácticas sociales como prácticas culturales. De ahí entonces que hagamos mención de una *política cultural* como política social.

En los momentos que estamos viviendo en el país, y por supuesto que en el mundo entero, en tiempos en que todo está cambiando y que penetramos a una zona desconocida de la historia, requerimos de pensar la cultura con nuevos instrumentos de reflexión que tomen en cuenta a los protagonistas y los cambios que se están produciendo desde esos mismos protagonistas y el entorno social que emerge. Se dice que estos tiempos son dispersos, caóticos, plurales... Desde esos signos es que se requiere discernir sobre la historia que está apareciendo, ya no por venir, y la cultura que desde ahí se está haciendo posible. Se hace, cada vez más

patente, indispensable pensar sobre la forma en que pensamos y en la manera cómo nos confrontamos con la realidad presente.

¿Es posible pensar la cultura como un proceso o un acto homogéneo? ¡Nunca fue posible! Sin embargo se hicieron grandes esfuerzos, de políticas y de conocimiento, para que así fuera. ¿Es posible hablar de cultura desde la totalidad? ¡Claro que no! Pero muchas ideas se desarrollaron en tiempos en que pensábamos desde la totalidad misma. El fracaso, sino rotundo, evidente al día de hoy.

II

Estos tiempos nos están diciendo que *asistimos* a los dolores de parto de una forma nueva de socialidad, a maneras inéditas de construir la cultura. Creemos que en Venezuela *asistimos* al inicio de un ciclo nuevo de su historia política que se abre con el fracaso de la sociedad política evidenciado en las elecciones del 06 de diciembre, aunque presente desde tiempo atrás. Por lo tanto, y la práctica nos lo está demostrando, la política se está transformando. Empieza a aparecer un nuevo modo de hacer política y este es un hecho de significación cultural que se

hace presente. Aún todavía estamos moviéndonos a tientas, repitiendo esquemas agotados e insurgiendo, de repente, otros nuevos. Es el desplazamiento que se está dando en la política y la forma de ella hacerse. Todo este giro es asunto de la cultura porque ella tiene que ver con la construcción social de la realidad.

En suma, ante los cambios que irrumpen a nivel mundial, pero especialmente en el reflejo de lo local, preguntamos: ¿en nuestro país cómo se asumen esos cambios, qué tienen que ver el hecho de la cultura? Entendemos a la cultura a la manera de como José Joaquín Brunner nos la describe en el sentido de ser ella el «espacio privilegiado de las mediaciones, de la pugna en torno a los sentidos, de la constitución de las identidades, de la modelación de las percepciones, en fin, (...) es una constelación movable de circuitos culturales que se engarzan unos con otros y que entreveran, por así decir, desde dentro, a la sociedad»⁽¹⁾.

III

Durante este último tiempo, en los primeros meses del año, el tema de la cultura lejos de estar quietado, se ha estado moviendo. Aunque ese movimiento ha girado en torno a los nombramientos del Consejo Nacional de la Cultura y poco en relación a su resignificación en el clima nuevo que está presente en el país. Ya tenemos a los «conductores» de las políticas culturales, a sus gestores. Ahora hay que abrir espacios para la discusión y la conformación de los «paradigmas políticos de la acción cultural» en vísperas del proceso constituyente. Requerimos entonces de modelos, no sabemos si nuevos, pero sí de miradas amplias que abarquen las transformaciones que está asumiendo la vida toda en el país. Desde la crisis económica, hasta los desplazamientos que ha tenido la política profesional, pasando por las nuevas sensibilidades, hacen de la constitución de políticas una asunción de pluralidad de formas políticas desde las cuales se van a traducir esos cambios y desplazamientos. Como apuntaba en cierta oportunidad García Canclini: «A fin de salir de los tratamientos meramente descriptivos o burocráticos de la política cultural, hay que encarar el debate sobre las



ILUSTRACIÓN: RUBÉN RODRÍGUEZ

concepciones y los modelos que la organizan»⁽²⁾.

Así pues, un buen ejemplo lo ilustra el nacimiento del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, que luego daría paso al actual y desvinculado CONAC. En esos momentos la discusión teórico-conceptual acerca de la cultura, sus variantes y su papel en el proyecto de país que se deseaba fueron fundamentales y de clara confrontación. Más allá de los detalles y de las diferencias siempre existentes, hay que rescatar la discusión de base doctrinaria que encabezaba cada proyecto o planteamiento. Este elemento se fue perdiendo hasta el día de hoy⁽³⁾.

En estos momentos estamos ávidos de participación. Por todas partes y en cada rincón de la institucionalidad del país, sea esta oficial o privada (hasta mixta), hay la urgencia de la necesidad de querer intervenir en lo público como aquella cosa que nos pertenece y que sentíamos se nos había ido de las manos. Dejamos el largo y tedioso bostezo de tanto tiempo y volteamos, todos sin excepción, hacia la Asamblea Nacional Constituyente como escenario para discernir nuestras culpas y «darle un nuevo rumbo republicano a Venezuela». Un signo nuevo de la cultura nuestra que se está convirtiendo en cultura política del venezolano. ¡Ojalá que perdure! y que no sea «sueño de una noche de verano».

Estamos aquí pues frente al proceso de reunión de una Asamblea Constituyente. Las preguntas ahora a formular serán: ¿Qué papel debe jugar la cultura dentro de la definición de la vida política y ciudadana? ¿Tendrá algo que decir la cultura dentro de un nuevo esquema constitucional? ¿Seguiremos repitiendo lineamientos para un tiempo pasado, para un tiempo «que no es como antes»? ¿La retórica del pasado y del presente, sin contar con indicadores serios y científicos que nos sirvan de guía, podrá tener existencia hoy?

En los momentos que corren, en donde la cartografía cultural tradicional se ha desplazado hacia nuevas fronteras culturales, requerimos de indicadores que nos hablen y que sepamos leer acerca de las propuestas que aquellos agentes y pacientes de la cultura están imaginando/soñando para cada uno de los sectores en donde ellos se sienten involucrados por pensamiento y acción. Surge la necesidad de preguntarles desde la gestión de la cultura, desde el aparato burocrático en donde se gestionan las políticas, acerca de esas políticas culturales que se deben imple-

mentar y para ello se requiere de la pesquisa de campo mediada por la rigurosidad científica del instrumento a emplear.

Estas notas e ideas no intentan otra cosa que ayudar a un proceso de reflexión necesario sobre el tema de la cultura. Quienes escribimos esto deseamos apuntar una representación que requeriría complementarse con otras. Nuestra perspectiva parte del trabajo de campo en donde quisimos averiguar lo particular para luego ir a lo general. Desde esa microporción de la realidad (lo particular) inferimos sobre la población cultural del país (¡tamaño desafío intelectual!). No podemos preguntarle a todo el mundo. Requerimos entonces de una *fente* de participación del público (calificado o no) y surge así la encuesta como instrumento de medición entre lo global como problema y lo particular también como problema. Pensar lo particular para seguir pensando los problemas.

¿Cuál es la noción teórico-conceptual que se debe asumir sobre la cultura y que debe estar presente en el proceso constituyente? ¿Cuáles son las propuestas de carácter global que debe contemplar la nueva constitución en el área de la cultura? ¿Qué políticas culturales deben priorizarse en cada sector específico? Estas son las tres preguntas que nos llevaron a estudiar la cultura en el proceso constituyente que se abre al país⁽⁴⁾.

Del repertorio de cuestiones surgidas en la investigación queremos destacar aquellas que creemos son las más significativas para dar luz y conformar una *agenda cultural constituyente*.

1. LA CULTURA COMO CONCEPTO Y REALIDAD «BISAGRA»

Alguien llegó a afirmar esa idea de cultura. La bisagra es la que nos permite cerrar y abrir, permite el movimiento de ciertas cosas respecto de otras. Permite la movilidad ante lo previsto y lo imprevisto. ¿Debe ser la cultura asumida desde esa metáfora? También se dice que la cultura es una especie de *collage*. ¿Debemos entonces hablar de culturas en plural?

Sea cuales sean las respuestas, de lo que sí debemos estar claro es que hoy la cultura no transita un único lugar de producción, de reconocimiento, ni de identificación. Se disuelven las fronteras y se mezclan para producir y acceder a productos culturales bien disímiles y variados como nunca antes habían existido. Todos los estudios actuales -de carácter renova-

do- reconocen que la conformación de la llamada «cultura-hoy» es hija de los grandes postulados ideológicos-filosóficos que dieron forma a la modernidad en el sentido ilustrado del término, pero que ahora desconoce como si fuera un hijo natural. Esa cultura-hoy ha sido el resultado de la expansión masiva de la escolarización, de las grandes industrias culturales, de las regionales y locales estructuras de comunicación y de la aparición de una cultura de masas de base industrial⁽⁵⁾. A lo que estamos asistiendo es a una reorganización de la cultura a partir del desarrollo tecnológico e industrial que son fruto de esa modernidad.

En esta necesidad que tenemos de formular definiciones para todo, en el ámbito de la cultura es como buscar una aguja en un pajar. La UNESCO por ejemplo arroja un concepto que nos dice: «La cultura, en su sentido más amplio, puede considerarse hoy como el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos, que caracterizan a una sociedad o a un grupo social. Engloba no sólo las artes y las letras, sino también los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias. La cultura da al hombre la capacidad de reflexión sobre sí mismo. Es ella la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos. Por ella es como discernimos los valores y realizamos nuestras opciones. Por ella es como el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como un proyecto inacabado, pone en cuestión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevos significados y crea obras que lo trascienden». Pero se trata de una conceptualización demasiado laxa.

El esfuerzo que hiciera cierta vez George Balandier de levantar un censo acerca del *concepto de cultura* dio muestras de una 250 definiciones y condujo al final diciendo que todavía no existe ni definición ni teoría de la cultura a la que se pueda uno adherir sin ninguna clase de reticencias⁽⁶⁾.

El planteamiento se hace presente en la investigación. Según el *orden jerárquico de la respuesta* afirman los encuestados: *En primer lugar: *la cultura es todo*; *2do. lugar: *es educación*; *3er. lugar: *es diversa*; *4to.: *la cultura es libre y es un mecanismo de cambio social* y *5to.: *cultivo de valores; servicio público; proceso socializador; proceso dinámico; la*

cultura es independiente de todo proceso constituyente y no tiene nada que ver.

¿Alguna llamada de atención? Primero, la que tiene que ver con la cultura, en su concepción teórico-conceptual, y su inserción en la discusión de la nueva constitución. Se afirma, aunque no mayoritariamente, que *ésta no tiene ninguna relación* y luego que *la cultura es un planteamiento independiente de la Constituyente*. Sin embargo, para los actuales gestores de la política cultural desde el CONAC hay una relación evidente y necesaria cuando se afirma que debemos «entender a la Constituyente como un proceso cultural en sí misma, delimita las políticas y derechos culturales primordiales que sean producto de la reflexión colectiva, y fijar cuáles son los principios culturales básicos que se deben incluir en la nueva constitución»⁽⁷⁾.

Desde otro frente, esta vez desde la Comisión Permanente de Cultura de Diputados, se hace bien explícito que «el tema cultural tiene que ir de la mano del proceso constituyente. Tiene que asumirse como un asunto vital del Estado, para el desarrollo de una nueva institucionalidad(...) la cultura debe asumir los cambios que hoy por hoy está reclamando Venezuela»⁽⁸⁾.

Pareciera que hay contradicciones, pero hilando fino no es así. Cuando se afirma que *la cultura es educación, cultivo de valores, proceso socializador* estamos asumiendo evidentes procesos de gestación de un nuevo sujeto social, de una nueva ciudadanía, de cambios que deben darse en el venezolano para un país distinto. Las diferencias se hacen visibles en el mecanismo para los cambios. Unos piensan, la dirigencia de la burocracia cultural actual, que los cambios (tanto de mentalidad como de gestión) vendrán a partir de la nueva constitución. Los otros, dentro de la investigación son la mayoría, se inscriben en una línea más antropológica, incluso estructural y sociológica. Estas últimas acepciones no tienen que ver con el proceso político actual que está viviendo el país, están más enclavadas en los sentidos y resultados de la propia cultura como «proceso vital del hombre».

¿Es posible unificar esas diferencias? Creemos que sí. Sería el momento de encarar el proceso constituyente para iniciar un diálogo sobre el tema, para romper diferencias y exclusiones, para acercarnos a realidades bien concretas y para entender que hoy la cultura (su producción y disfrute) está transitando por otros medios

“

Alguien llegó a afirmar esa idea de cultura. La bisagra es la que nos permite cerrar y abrir, permite el movimiento de ciertas cosas respecto de otras. Permite la movilidad ante lo previsto y lo imprevisto. ¿Debe ser la cultura asumida desde esa metáfora? También se dice que la cultura es una especie de *collage*. ¿Debemos entonces hablar de culturas en plural?

”

que tienen que ver más con lo social de la gente y su cotidianidad. De ahí nuestra tesis de una política cultural como política social.

La *otra ausencia* que están evidenciando las respuestas es la no consideración de los circuitos masivos-industriales de producción cultural: las industrias culturales, el sector de la informática y las telecomunicaciones como elementos a tomar en cuenta en una conceptualización de la cultura. Como hemos apuntado en otro lado: «(...) es la idea de comprensión teórica sobre el sentido de industria cultural que es la forma como el mercado ha concentrado sus esfuerzos de producción-distribución-circulación-consumo de las formas simbólicas segregadas, pero antes sistematizadas por los media. Es la apuesta por un pensamiento no negativo, sino más bien de comprensión de lo que pasa al interior de esas formas dominantes y hegemónicas de industrialización de la cultura»⁽⁹⁾.

Es el entender, como nos dice Canclini, que las industrias culturales son hoy el principal recurso con el que cuenta una inmensa mayoría de gente en nuestro país

para acceder a una diversidad de bienes culturales, a un conocimiento (aunque sesgado en ocasiones, manipulado en otras) recíproco de la realidad, a la construcción de un imaginario común para la diversidad de experiencias y además para la constitución de la ciudadanía de este tiempo. Por ello es imprescindible en la cultura del «aquí y ahora» comprender los procesos comunicacionales masivos e insertarlos en el hacer cultural⁽¹⁰⁾.

2. DE LA POLÍTICA A LAS POLÍTICAS CULTURALES...

La cultura debe ser objeto de política. No hay contradicción entre política y cultura. Lo que ha sucedido en los últimos tiempos, y quizás desde siempre, es una instrumentalización de la cultura como bien simbólico y como proceso de comunicación simbólica para fines políticos-partidistas. Cuando la sociedad política se ha planteado el quehacer cultural en sentido más parcial que global lo ha hecho como instrumento de venta de su imagen como partido político y pocas veces como incentivador del hecho cultural en sí. En ese sentido, surgió una profunda desconfianza del sector cultural hacia la sociedad política del país. Era evidente que ese proceso tenía que darse dada la forma que se ha «jugado» la política. ¿Es posible cambiar esa relación?

Ante el desarrollo descrito los «hombres de la cultura» voltearon hacia otros circuitos que podían ser incentivadores del hecho cultural: el sector privado y mercantil. Pero eso sí, sin abandonar absolutamente al Estado. Surgía de esa forma un nuevo mecenas que algunos empiezan a llamar «mecenas liberal». Estos sectores de la «racionalidad mercantil» asumen lo cultural por diversas razones que aquí no vamos a comentar. El hecho es que este sujeto de la política cultural va reduciendo poco a poco el papel de la sociedad política y en ocasiones suplanta al propio Estado. Pero aquí surgen también desconfianzas del parte del sector cultural por la suplantación del valor cultural hacia «valores no espirituales» que tienen que ver con el signo del mercado. ¿Es posible lograr equilibrios, no forzados, entre el valor cultural del creador y los valores que sustentan a la empresa mercantil? ¿Es posible establecer desde ese sector de mecenazgo una relación de creación distinta a la de imposición de signos creativos por el simple hecho del gusto que proporciona

el mecenas o lo que los públicos desearían en un momento dentro del mercado?

Hay que redefinir el panorama tanto formal como conceptual. Para ello se hace necesario estar claro en la idea de una *política cultural* en democracia y que sea aplicable tanto a la sociedad política (gobierno y partidos políticos) como a la sociedad económica (empresas, fundaciones, mecenas). Así apuntaríamos que las políticas culturales para la democracia «son-en un sentido más general-inevitablemente políticas formales. Persiguen arreglos institucionales más que difundir contenidos cognitivos a la sociedad. Persiguen crear y multiplicar las *estructuras de oportunidades* (mercados, sistemas de elección, pluralidad de ofertas, variedad de los consumos) y, al mismo tiempo, impedir (mediante contrabalances, procedimientos, formas de control, medidas de competencia, apertura de ciérres, etc) que esas estructuras de oportunidades sean objeto de *ciérrre social o ideológico* o de cualquier otra forma de manipulación monopólica»⁽¹¹⁾.

Una vez que confluimos en un concepto acabado (pero no inflexible) de *política cultural* desde la perspectiva de Brunner, siguiendo al mismo autor⁽¹²⁾ podemos indicar los distintos tipos de políticas culturales que se pueden desarrollar en relación a los componentes -los agentes; -los medios de producción; -los canales e comunicación/difusión; -los públicos; - las instancias institucionales de organización; -el mercado.⁽¹³⁾ que conforman todo circuito cultural. Es decir, que tendremos políticas culturales que deben incidir en cada componente del circuito.

¿Ahora bien, qué tipo de *política cultural* plantearon los encuestados de la investigación? ¿Que *componente* del circuito cultural se está privilegiando en relación al contexto y modelo cultural existente en el país? ¿Qué *modelo cultural* sale a relucir en nuestro ambiente? Las respuestas, en orden jerárquico por la frecuencia de coincidencia en las políticas propuestas (Cuadro 1).

Entonces, podemos agrupar las políticas culturales apuntadas como propuestas y diseñar un «mapa de propuestas de políticas culturales» (Cuadro 2).

De la configuración de ese *mapa cultural de propuestas de políticas culturales*, de acuerdo a nuestra investigación, resaltan algunos aspectos en los cuales queremos llamar a atención y que merecen una breve reflexión⁽¹⁴⁾:

1. En lo relativo a aquellas políticas que

CUADRO I POLÍTICAS CULTURALES PROPUESTAS

ORDEN JERÁRQUICO	POLÍTICA CULTURAL
1	• Llevar la cultura a las instituciones educativas.
2	• Financiamiento y subsidio de la cultura.
3	• Regulación de los media en perspectiva cultural.
4	• Promoción de valores culturales reales y afirmativos; • Incentivar en la cultura la relación cultura-Estado; • Fomentar la cultura popular.
5	• Democratización de la cultura.
6	• Promover la cultura local; • Asegurar y profundizar la intervención del GONAC como ente rector de la política cultural; • Generación de una política de seguridad social para el actor cultural; • Diseño de políticas culturales masivas hacia los sectores mayoritarios del país.
7	• Eliminación del CONAC y creación de un ministerio de la cultura; • Política de creación de cooperativas culturales para el desarrollo de políticas culturales sectoriales; • Crear mecanismos nuevos e intensificar los existentes en el ámbito de la difusión cultural.
8	• Intervención del Estado en todo el quehacer cultural del país; • Legislar en función de políticas culturales. Generar leyes que impacten el quehacer cultural del país; • Transformar y convertir a las instituciones culturales del Estado en fundaciones culturales y dotarlas de esa manera de una mayor flexibilidad en cuanto a la creación, difusión y circulación del hecho cultural; • Darle jerarquía de «política de Estado» al hecho cultural; • Creación de nuevos centros de proyección de la cultura; • Gestación de proyectos culturales nuevos e inéditos; • Diagnosticar el sector cultural del país a través de un «inventario nacional cultural»: un censo cultural.

tienen que ver con el nivel de los agentes, es decir con los actores individuales o institucionales del hecho cultural llama la consideración el lugar que ocupa el siempre discutido tema del *financiamiento y subsidio a la cultura*. En ese sentido mucho se ha hablado y pensado al respecto y pocas luces hemos encontrado. Al respecto, de todas las discusiones públicas que se han dado nos parece interesante la opinión del joven bailarín, coreógrafo y docente de danza Luis Viana. Decía: «A mí el subsidio me parece una figura muy importante, y este es un tema

bastante controversial. Es una figura que yo rescato. La política de subsidios, con todo lo paternalista, es avanzadísima. Que el Estado genere una política de apoyo a sus artistas, me parece fundamental, pero también debería haber un control que en este caso no se vería como censura sino como supervisión de los proyectos» (Cursivas nuestras)⁽¹⁵⁾.

El tema del presupuesto para el hacer cultural es vital, pero también es clave la evaluación y seguimiento de los proyectos. Inclusive, habría que considerar la «legitimidad» del hecho cultural en

relación al subsidio o financiamiento en base a coordenadas tales como: 1. Democratización y descentralización (como puntos de acceso a la cultura); 2. La potencia de producción cultural; 3. Aspectos de calidad, trascendencia y valores culturales; 4. Consideración en torno a la producción nacional vs. externa; 5. Orientación de los subsidios hacia los circuitos culturales: los aspectos de concentración y de multiplicación de la actividad cultural; 6. Relación del subsidio con la actividad cultural: complejidad de la producción, agentes que intervienen, resultado final...

Seguramente deben haber muchos más aspectos a tomar en cuenta y habrá que ubicarlos en la discusión ante la necesidad de armar un «modelo cultural» y un «mapa cultural» distintos. Simplemente porque el país ha cambiado y el clima cultural de este tiempo también se ha reorientado.

2. Aquellas propuestas que fueron señaladas en relación a los medios de producción se interrelacionan. Se plantea *el fomento de la cultura popular y la promoción de la cultura local*. Aquí entramos en interrogantes tales como: ¿Qué es hoy lo popular? ¿Qué es lo local? Esas interrogantes tienen que ser abordadas frente a cuestiones como: -la avasallante presencia de las industrias culturales de la información, entretenimiento y las telecomunicaciones; -la globalización de esas mismas industrias culturales y la mundialización cultural que introducen; -los procesos de «glocalización» que están sufriendo las culturas populares y locales; -los procesos de desterritorialización que se hacen presentes desde la mundialización de la cultura y; -la idea de lo «popular» y de lo «local» que asientan las industrias culturales.
3. Las relativas a los canales de comunicación como «puentes» de salida y llegada del hecho cultural. Se destaca, por el orden jerárquico que ocupó, en tercer lugar, la que plantea la necesidad de *regulación de los medios en perspectiva cultural*. ¿A qué viene ese planteamiento bajo la forma de política?

La propuesta de regular a los medios ¿no será por la competencia y el uso que de ellos hacen las audiencias? Este tema debe hoy ser analizado a la luz de nuevos planteamientos que asuman no tanto la consideración de qué cosa hacen los medios con los perceptores, sino más bien que hacen los públicos con los medios y



El tema de los públicos
en este asunto de las políticas
culturales es de gran significación.

Ya no se puede seguir
«imaginando» a la audiencia
como consumidora de cultura,
pero tampoco los públicos pueden
ser reducidos a un simple dato

estadístico.



entender/ver cómo los seducen, les son útiles, cómo los integran a sus rutinas como prácticas sociales de cotidianidad. Esta visión debe partir desde la consideración de los medios como instrumentos tecnológicos que son, hasta los contenidos que ellos difunden y que impregnan los distintos espacios de vida cultural.

En la investigación no hay ninguna otra consideración en torno al papel de los medios, lo cual nos está apuntando que los gestores culturales y los actores del quehacer cultural encuestados siguen manteniendo la reflexión y la acción sobre políticas culturales de una manera o forma «elitista» dirigida tanto a los circuitos como a las propias acciones culturales. Al respecto, es importante señalar sobre este aspecto lo que decía Augustin Girard ya a comienzos de la década de los ochenta: «(...) las políticas culturales desde hace unos diez años han versado casi exclusivamente sobre los esfuerzos que despliegan los poderes públicos a partir de un pequeño número de instituciones; y han descuidado el desarrollo, que es sin embargo considerable, del sector mercantil de la cultura. Hoy en día, la vida cultural se compone de dos fenómenos concomitantes pero paralelos; por un lado, una «explosión» cultural; o una vida cultural, de las diferentes capas de la población que ha cambiado ampliamente cuando no profundamente en lo que se refiere al tiempo que se dedica a ella, al instrumen-

tal «cultural» de las familias y al consumo de productos «culturales»⁽¹⁶⁾, y, por otro, la clara percepción por los poderes públicos de la necesidad de explicitar o de aplicar una política cultural más racional. La falta de convergencia de esos dos fenómenos obedece al hecho de que la labor de reflexión sobre las políticas culturales se ha referido principalmente a los modos de difusión clásicos, y ha apuntado a la democratización de unas instituciones que hasta entonces estaban reservadas a una *élite*, han pasado por alto el muy importante desarrollo, al mismo tiempo, de las «industrias de la imaginación» y de los «artículos de consumo» culturales que compra un público muy numeroso⁽¹⁷⁾. Páginas adelante, el mismo autor nos refiere la ceguera de los dirigentes culturales ante el crecimiento y uso de las industrias culturales al ignorar «el lugar que empezaban a ocupar poco a poco los productos de esas industrias en el tiempo libre de la población».

Ya Néstor García Canclini desde América Latina, por su parte, había señalado en 1987 en un tono muy crítico hacia la izquierda político-intelectual del continente la misma queja. Nos refería: «(...) la expansión de la TV, el video y otras «maquinas culturales» ha cambiado los hábitos estéticos, así como la estructura del campo cultural. Se reducen los gastos familiares en publicaciones y espectáculos teatrales, musicales y cine, mientras crecen los que se destinan a la compra de las máquinas que llevan la «cultura a domicilio» (...) Pocas veces hemos encarado el uso sistemático de los medios de comunicación masiva (...) para ocupar estos espacios con eficacia, de manera adecuada a la lógica de los medios y a los códigos de simbolización y hábitos de consumo de las clases populares, *debemos cambiar los paradigmas culturales de nuestra acción política*» (Cursivas nuestras)⁽¹⁸⁾.

4. El tema de los públicos en este asunto de las políticas culturales es de gran significación. Ya no se puede seguir «imaginando» a la audiencia como consumidora de cultura, pero tampoco los públicos pueden ser reducidos a un simple dato estadístico que solamente nos habla de su hábito de preferencia o consumo y nada acerca de aspectos que tienen que ver con cuestiones más cualitativas del consumo y el uso del producto cultural. ¿Qué sabemos en el contexto nuestro cómo son recibidos y apropiados las distin-

CUADRO II

MAPA DE PROPUESTAS DE POLÍTICAS CULTURALES

TIPO DE POLÍTICA CULTURAL DE ACUERDO A LOS "COMPONENTES"	PROPUESTA DE POLÍTICA CULTURAL	ORDEN JERÁRQUICO
Políticas en el nivel de los agentes	• Financiamiento y subsidio de la cultura	2
	• Generación de una política de seguridad social para el actor cultural	6
Políticas relativas a los medios de producción	• Fomentar la cultura popular	4
	• Promover la cultura local	6
Políticas relativas a los canales de comunicación	• Regulación de los media en perspectiva cultural	3
	• Crear mecanismos nuevos e intensificar los existentes en el ámbito de la difusión cultural	7
Políticas relativas a los públicos	• Diseño de políticas masivas hacia los sectores mayoritarios del país	6
	• Democratización de la cultura	5
	• Llevar la cultura a las instituciones educativas	1
Políticas relativas a las instancias organizativas	• Eliminación del CONAC y creación y creación de un ministerio de la cultura	7
	• Política de creación de cooperativas culturales para el desarrollo de políticas culturales sectoriales	7
	• Intervención del Estado en todo el quehacer cultural	8
	• Legislar en función de políticas culturales. Generar leyes que impacten el quehacer cultural del país	8
	• Transformar y convertir a las instituciones culturales del Estado en fundaciones culturales y dotarlas de esa manera de una mayor flexibilidad en cuanto a la creación, difusión y circulación del hecho cultural	8
	• Asegurar y profundizar la intervención del CONAC como ente rector de la política cultural	6
	• Incentivar en la cultura la relación cultura - Estado	4
	• Darle jerarquía de "política de Estado" al hecho cultural	8
	• Promoción de valores culturales reales y afirmativos	4
	• Creación de nuevos centros de proyección de la cultura	8
	• Gestación de proyectos culturales nuevos e inéditos	8
	• Diagnosticar el sector cultural a través de un "inventario nacional cultural": un censo cultural	8
	Políticas en y frente al mercado	• NINGUNA

tas ofertas culturales? ¿Cuáles son los comportamientos culturales más recurrentes, incluso extremos, de los públicos? ¿Tenemos conocimiento acerca de los hábitos, demandas y disposiciones de la gente ante la oferta cultural? ¿Qué usos le dan al producto cultural y cuál es la relación con sus contextos diferenciados de desenvolvimiento?

Respuestas como *llevar la cultura a las instituciones educativas* (en primer lugar del conjunto de las propuestas) no sabemos de qué nos están hablando. Qui-

zás sea la necesidad de orientar a los públicos jóvenes y formarlos para ser nuevos públicos, para el futuro. Pero cabría preguntarnos para qué tipo de disfrute cultural. Quizás, en la propuesta esté presente la idea/concepción de «educar» a los jóvenes a nuevas alternativas culturales frente a aquellas consideradas «subculturales» o de poco «valor cultural». Si cruzamos esta respuesta con algunas de las que se dieron para otros componentes de las políticas culturales a lo mejor podemos sacar el agua clara. Aunque todo lo que podamos «especular» serán meras

sospechas. Nos gustaría creer que esa propuesta tan referida tiene que ver con la «formación» de los públicos para el consumo de las variadas formas de productos culturales y con la educación de esos públicos para el acto creativo en sí sea este del signo que sea. Duda: ¿Y los que no acceden a la educación formal institucionalizada qué ocurre con ellos? Como simple dato de referencia hemos descubierto que, según análisis de Josefina Bruni Celli (IESA), en 1995, 1.116.266 (24,22%) de un total de 4.608.200 jóvenes en edades comprendidas entre 15 y 25

años ni estudiaban ni trabajaban, además que de ese total de jóvenes el 13,5 % (623.699) se encontraba en estado de exclusión social y económica.

Más clara, o confusa, según sea el caso, están las otras dos propuestas de política, es decir: *democratización de la cultura* (en el lugar quinto) y *diseñar políticas culturales hacia los sectores mayoritarios del país* (ocupando el lugar sexto). En relación a la propuesta de *democratizar la cultura* estaría implícito la idea de la difusión de productos y gestiones culturales con carácter democrático; con la expansión a todos los públicos y con la llegada de productos culturales a la diversidad de consumidores sin menospreciar a ningún segmento de público y con la necesidad de orientar la diversidad de circuitos culturales con variables formas de operar. Y también tendría que ver, además, con los mecenas y cada vez más requeridos procesos de descentralización cultural en relación a las gestiones, presupuestos de financiamiento/subsidios y una referencia a los propios productos culturales en sí.

Pero no únicamente es necesario democratizar la política cultural afirman los encuestados, sino que plantean la necesidad de *diseñar políticas masivas hacia los sectores mayoritarios del país*. ¿Es que acaso, hoy por hoy, hemos orientado las políticas de gestión y creación hacia sectores minoritarios y privilegiados de la sociedad? ¿Tenemos indicadores que nos hablen de hacia dónde se orientan las políticas culturales en concordancia con las audiencias? ¿Sería un indicador el conocimiento de hacia dónde van los dineros del Estado para la cultura en el sentido de grupos, referencias y espacios geográficos? Quizás ayude lo que nos dijera Canclini cuando afirma que «Las políticas culturales más democráticas y más populares no son necesariamente las que ofrecen espectáculos y mensajes que lleguen a la mayoría, sino las que toman en cuenta la variedad de necesidades y demandas de la población»⁽¹⁹⁾.

Para hacer justicia con los públicos en relación a su diversidad, sus gustos y sus vivencias en cierta forma necesitamos recurrir a los estudios de audiencia por aquello que decía el sociólogo Raymond Williams y que muchos han referido: «(...)podríamos utilizar la investigación de audiencia para reducir la distancia que existe entre los hábitos de los intelectuales, estudiosos, científicos y críticos y los hábitos del resto de nosotros. Todos

“

Dentro del componente
que hace referencia
a «las instancias institucionales
de organización» surge entonces
la política cultural frente
a esas instancias.

”

creamos y mantenemos explicaciones e hipótesis para construir identidades, formar alianzas, dar sentido a las cosas e imponer significado y orden en el flujo de la experiencia. Qué se consigue al hacer ésto, con qué consecuencias, bajo varias condiciones -estas cosas son importantes porque los diferentes modos de ordenar el mundo tienen diferentes consecuencias (Jensen, 1994b)»⁽²⁰⁾.

5. Dentro del componente que hace referencia a «las instancias institucionales de organización» surge entonces la política cultural frente a esas instancias. Aquí es donde hubo mayor cantidad de referencias/propuestas: once en total, aunque solamente dos *-incentivar en la cultura la relación cultura-Estado y promoción de valores culturales reales y afirmativos* - ocuparon lugares privilegiados de jerarquía, ambas el lugar cuatro.

La recurrencia al nombrar repetidas veces, en el conjunto de propuestas dentro de este componente, al CONAC, ya sea para transformarlo en ministerio de la cultura, o para que legisle y cumpla su papel como rector cultural, y además asegurar su intervención como órgano del Estado en la organización-orientación-garante del financiamiento del circuito cultural público se nos está hablando de la necesidad de que él a lo mejor no está cumpliendo con el objetivo para el que nació. En ese sentido, meramente especulativo desde las propuestas anotadas, hay consonancia con lo que las nuevas autoridades del CONAC han planteado: «Recuperación del papel rector del CONAC como líder del sector. Revisión de su estructura

organizativa(...) *Disminuir* el aparato burocrático(...) *Presencia* nacional del CONAC en todos los espacios. *Coordinación* de permanentes diálogos e interacción de las instituciones culturales con las comunidades. *Lograr* que sea el CONAC el órgano que concentre y distribuya directamente la asignación de subsidios culturales(...) *Hacer* una consulta nacional que defina tanto el destino del CONAC como los cambios que deben hacerse. *Garantizar* los derechos culturales y promulgar una Ley Orgánica de la Cultura(...)»⁽²¹⁾.

Pero retomemos un punto anterior: el tema del *financiamiento y el subsidio*. Recurrencia en las líneas propuestas por las actuales autoridades culturales y lo que la investigación nos está señalando. Otra vez la ausencia de la necesaria y útil evaluación de los proyectos en el nivel público de la gestión, y sentido-llegada del proyecto en lo que atañe a su articulación social.

Siendo este tipo de política una de las más importantes, porque es desde la instancia organizativa de donde parten las propuestas de política cultural, vemos como todos las referidas están orientadas hacia la consideración de la cultura en su promoción y hasta en su gestación desde la perspectiva exclusiva del Estado, inclusive algunas de las propuestas son bien explícitas al plantear el *darle jerarquía de política de Estado al hecho cultural e incentivar la relación cultura-Estado*. Habrá que preguntarse en este tiempo y por los modelos de gestión que se van conformando, por la irrupción de un «paisaje cultural distinto», si no se requerirá propiciar la interlocución participativa de otros circuitos y agentes culturales distintos a los del Estado. Exitosas experiencias existen en nuestro contexto al respecto. Otra interrogante: ¿Lo público es sólo competencia del Estado?

6. Ninguna propuesta en y frente al mercado. El término *mercado* como que suena feo cuando se refiere al ámbito de la cultura. Se suele decir que «lo cultural no es un producto, o como un producto, que tiene que ser exhibido en el estante de las mercancías». En esa afirmación está la relación de polaridad que establecía un pensador como Walter Benjamin cuando diferenciaba en la obra de arte su *valor cultural*, que comienza con hechura al servicio del culto, y el *valor exhibitivo*. El propio Benjamin resuelve el dilema citando a Brecht: «Cuando una obra artística se transforma en

mercancia, el concepto de obra de arte no resulta ya sostenible en cuanto a la cosa que surge. Tenemos entonces cuidadosa y prudentemente, pero sin ningún miedo, que dejar de lado dicho concepto, si es que no queremos liquidar esa cosa. Hay que atravesar esa fase y sin reticencias. No se trata de una desviación gratuita del camino recto, sino que lo que en este caso ocurre con la cosa la modifica fundamentalmente y borra su pasado hasta tal punto que, si se aceptase de nuevo el antiguo concepto (y se le aceptará, ¿por qué no?), ya no provocaría ningún acuerdo de aquella cosa que antaño designara»⁽²²⁾.

¿Qué sucede ante el mercado, el *mercado cultural*? Quizás sea el hecho de no entender al mercado como espacio de relaciones socio-culturales, y no sólo conformado por valores de cambio. Esa instancia que denominamos mercado es el lugar o espacio estratégico en donde se cumple el valor exhibitivo del producto cultural y en donde los consumidores (ciudadanos antes y además...) sienten realmente que están participando de alguna manera en la vida pública. En la perspectiva de una política cultural ante el mercado requerimos, siguiendo a Canclini, de una conceptualización distinta que de antemano no juzgue al mercado y que descubra nuevas relaciones entre Estado y mercado, incluso entre el creador y el gestor cultural y el mercado. Ramón Zallo, analizando la idea del «valor de la cultura» en relación con los productos culturales que irrumpían desde la industrialización de la cultura, nos llega a expresar «que junto a producciones deleznable las nuevas industrias crearían las condiciones para nuevas expresiones artísticas; (...) que los binomios cultura e industria, arte y capital, iban a alcanzar síntesis bien contradictorias, dada la inesperada ambivalencia de la producción cultural susceptible de reproducción -democratización de la recepción cultural y generación de nuevas formas culturales, por un lado, e irrupción directa del capital en el ámbito de la creación y la producción cultural con todas las servidumbres que ello implica, por otro-»⁽²³⁾.

El mercado nos convoca al consumo. ¿Algún problema en esa convocatoria? ¿Prejuicios? Simplemente «Recordar que los ciudadanos somos también consumidores lléva a encontrar en la diversificación de los gustos una de las bases estéticas que justifica la concepción democrática de la ciudadanía»⁽²⁴⁾.

CUADRO III

POLÍTICAS CULTURALES ESPECÍFICAS DE ACUERDO AL SECTOR

AREA O SECTOR	POLÍTICAS CULTURALES (EN ORDEN JERÁRQUICO)
Cine	<ul style="list-style-type: none"> • Financiamiento y subsidios • Reforma de la actual Ley de Cine • Consolidación del CNAC • Crear espacios de distribución del cine nacional • Copiar reformas de otros países para lograr el desquite del cine industria • Vincular la TV al cine nacional
Danza	<ul style="list-style-type: none"> • Seguridad social al artista • Definir los estudios formales de danza • Implementación de infraestructura • Creación de talleres de danza • Mecanismos de proyección tanto nacional como internacional
Gestión cultural	<ul style="list-style-type: none"> • Fortalecimiento del CONAC • Apoyo estatal a la cultura • Apoyo a instituciones de investigación cultural
Literatura y edición	<ul style="list-style-type: none"> • Subsidios al área • Ampliación de la Biblioteca Nacional • Mecanismos de masificación de la literatura
Música	<ul style="list-style-type: none"> • Políticas de mejoramiento educativo del área • Subsidios • Creación de festivales • Involucrar a los media en planes de difusión
Cultura popular	<ul style="list-style-type: none"> • Creación del sistema nacional de escuelas de formación de cultura popular • Políticas para las etnias indígenas • Incentivar la investigación sobre cultura popular • Difundir las manifestaciones indígenas
Teatro	<ul style="list-style-type: none"> • Rescate y preservación de los actuales espacios teatrales • Ordenamiento del aparato cultural del Estado • Creación del Instituto Autónomo de Teatro • Subsidios • Creación de política de mecenazgo
Artes plásticas	<ul style="list-style-type: none"> • Subsidios • Respaldo al artista como creador • Crear nuevos centros de formación en el área • Definir los perfiles de los actuales museos • Promover las obras urbanas
Fotografía	<ul style="list-style-type: none"> • Crear una escuela superior de fotografía • Crear una fototeca nacional • Política de conocimiento y expansión del área

3. UNA PLURALIDAD DE POLÍTICAS CULTURALES

No hay una única política cultural, el plano de las políticas culturales (así en

plural) es variado. Dentro de los distintos circuitos culturales, amén de contar con los componentes que los conforman y que ya explicitamos antes, nos encontramos con áreas o sectores culturales los cuales

se asocian unos con otros dentro de la sociedad y conforman la cultura. Cada sector de la cultura posee unas características diferenciadoras del resto, es lo que podríamos llamar el lenguaje desde el cual se muestra la acción cultural específica. Desde ese lenguaje circulan significados propios que configuran el proceso de reconocimiento y de resignificación cultural.

A partir de lo que hemos apuntado, y siempre desde el resultado de nuestra investigación, veamos inmediatamente el conjunto de políticas culturales que se plantean para cada uno de los sectores considerados dentro del amplio ámbito de la cultura. Las respuestas de los encuestados parten de la base de cómo intervenir en el área específica y formular así las políticas culturales específicas (Cuadro III).

IV

Hemos repetido muchas veces que hoy las cosas han cambiado. En el país se están viviendo cambios que no son de ahora, aunque sea en este momento cuando ellos han reventado o se han hecho demasiado explícitos... En sentido general ha habido cambios del orden cultural, porque sino como explicar los acontecimientos que estamos viendo y viviendo. Entonces, el tema de la cultura debe ser abordado como un tema prioritario acerca del orden de vida que empieza a perfilarse en Venezuela. La cultura es un tema político y como tal debe asumirse. Compete a todos plantearlo y ver cómo la cultura se va resolviendo en lo político, económico y social del país. Estamos viviendo transfiguraciones importantes en nuestras existencias como venezolanos y ellas se están manifestando en diversos planos de la vida pública.

En estos cuarenta y tantos años de vida democrática en Venezuela no todo debe ser echado por la borda, hay aspectos que merecen ser rescatados y otros sometidos al debate, formularles interrogantes para ver que tal funcionarían en este ciclo nuevo en el que nos insertamos y que además coincide con el nacimiento de un nuevo milenio sobre la tierra. ¡El desafío es inmenso!

Luego, se trata de definir el carácter general de nuestras políticas culturales con ese ambiente de cambios que presenciemos y que nos tocará vivir con mayor profundidad aún. Políticas culturales que estén conectadas directamente con el país que queremos, con la institucionalidad

que deseamos y que lo hará posible y con los sujetos sociales bien dispuestos a encarar al país y hacerlo concreto. El asunto es filosófico, político y ético... es cultural.

¿Venezuela requiere de un modelo cultural distinto? ¿Qué papel deben jugar los creadores, los gestores y la gente como público/audiencia? ¿Se deben redefinir, en términos de políticas culturales, la acción de los distintos circuitos culturales? ¿Los distintos circuitos culturales deben engarzarse uno con otro y no permanecer aislados en perspectiva de políticas culturales? ¿Habrá que priorizar algún componente cultural, por lo tanto una política cultural determinada, por sobre los otros?.

Sobran las interrogantes. Ojalá que estas ideas, producto de la investigación llevada a cabo y que debiera extenderse al resto del país, sirva para darle otra mirada al tema de la cultura en vísperas de un proceso constituyente que debe considerar a los valores democráticos, de respeto a la diferencia y de no exclusión como principios culturales no discutibles. Allí reside el efecto de estos años de democracia que vivimos y que hemos heredado □

REFERENCIAS

- Brunner, José Joaquín (1992): *América Latina: cultura y modernidad*. Editorial Grijalbo y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes de México. México, p. 278-279.
- García Canclini, Néstor(ed) (1987): *Políticas culturales en América Latina*. Editorial Grijalbo. Colección Enlace. México, p.28.
- Ver al respecto el estupendo ensayo periodístico de Domingo Miliani (1999): «Desafíos de una verdadera política cultural», en el diario *El Universal*, Suplemento *Verbigracia* N° 41, 20 de febrero de 1999. Venezuela, p.1 y 2.
- Nuestra investigación en cuestión tiene como características (Ficha Técnica) las siguientes:
 - Encuesta de Opinión Calificada
 - Se planteo como Objetivos Generales:
 - Determinar la percepción del valor de la cultura dentro de un proceso de cambio político;
 - Indagar las propuestas básicas, bajo la forma de políticas culturales, que debe contemplar la nueva Constitución de Venezuela;
 - Determinar las políticas culturales específicas en determinadas áreas de hacer cultural.
 - En cuanto al Método: para lograr los objetivos generales planteados se empleó una encuesta exploratoria de opinión calificada, la cual consistió en obtener opiniones de expertos del entorno cultural de Venezuela. Se seleccionaron, según criterio de importancia y significación, 60 personalidades relacionadas con las siguientes áreas culturales: -Gestión cultural; -Artes plásticas; -Danza; -Cultura popular; -Cine; -Literatura y edición; -Música; -Fotografía; -Teatro.
 - Los resultados: se presentaron en forma jerárquica, de acuerdo a las frecuencias obtenidas por las categorías, en los distintos orden de respuestas dadas a las preguntas formuladas.
- Entrevistadores: estudiantes del quinto semestre, segundo período de 1998, del curso de sociología de la comunicación de la Escuela de Comunicación Social de la UCV.
- Fecha del trabajo de campo: abril de 1999.
- Contamos con la asistencia del estadístico Ricardo Meza y de la estudiante de sociología Marisela Pereira.
- Ver al respecto tres excelentes ensayos del chileno José Joaquín Brunner: -»Un espejo trizado»(1988); -»La cultura como objeto de políticas» (1985) y; -»Cultura y política en la lucha por la democracia: la vieja y la nueva izquierda» (1986)
- Referido por Duvignaud, Jean(1972): *La sociología. Guía alfabética*. Editorial Anagrama. España, p.139 y ss.
- Alejandro Armas en declaraciones recogidas por el diario *El Nacional*, 15 de mayo de 1999, p.C/7.
- Tarek William Saab en entrevista concedida a el diario *El Nacional*, 13 de mayo de 1999, p.C/11.
- Bisbal, Marcelino(1999): *Pensar la cultura de los medios. Claves sobre realidades massmediáticas*. Investigación presentada para ascender a titular en el escalafón universitario de la UCV. Venezuela, p.6.
- García Canclini, Néstor(1995): *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Editorial Grijalbo. México, p.10.
- Brunner, José Joaquín (1992): *América Latina: cultura y modernidad, op.cit.*, p.271.
- Ibidem*. p.260
- Ibidem*. p. 261
- Estas consideraciones han sido tomadas de algunos textos que trabajan el tema y que nos han servido de guía, especialmente el ensayo de José Joaquín Brunner: «Hacia una teoría de las oportunidades», en el libro colectivo *Políticas culturales en América Latina*, aunque también lo podemos encontrar en *América Latina: cultura y modernidad*. Brunner sistematiza el pensamiento de autores como Ilkka Heiskanen, Augustin Girard y Raymond Williams.
- Entrevista concedida a el diario *El Nacional* del 10 de mayo de 1999, p. C/Ultima.
- Ver al respecto nuestra investigación *El consumo cultural del venezolano* (varios autores). Consejo Nacional de la Cultura y Centro Gumilla. Venezuela, 1998.
- Girard, Augustin (1982): «Las industrias culturales: ¿obstáculo o nueva oportunidad para el desarrollo cultural?», en el libro colectivo *Industria Cultural: el futuro de la cultura en juego*. UNESCO y F.C.E. México, p.25 y ss.
- García Canclini, Néstor(ed) (1987): *Políticas culturales en América Latina, op.cit.*, p.56 y ss.
- García Canclini, Néstor(1995): *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización, op.cit.*, p.89.
- Citado por Jensen, Juli y J. Oaully, John (1998): «Imagino a la audiencia: pérdidas y ganancias en los estudios culturales», en el texto colectivo *Economía política y estudios culturales*. Colección Bosch Comunicación. España, 1998, p.282.
- En el diario *El Universal* del 13 de mayo de 1999, p.1-12.
- Citado por Benjamin, Walter(1973): *Discursos interrumpidos I*. Editorial Taurus. España, p.30.
- Zallo, Ramón(1992): *El mercado de la cultura*. Gakoa Liburuak. País Vasco, p.11.
- García Canclini, Néstor(1995): *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización, op.cit.*, p.30